





CARLOS LABBÉ ha publicado ocho novelas: *Pentagonal: incluidos tú y yo*, *Libro de plumas*, *Navidad y Matanza*, *Locuela*, *Piezas secretas contra el mundo*, *La parv*, *Coreografas espirituales* y *Viaje a Partagua*, además de los cuentarios *Caracteres blancos* y *Cortas las pesadillas con alebrijes*, junto al ensayo *Por una pluralidad literaria chilena*. Varios de estos libros han sido publicados también en idiomas inglés, alemán y turco.

Fue parte de las bandas Ex Fiesta y Tornasolidos. Sus discos de música solista son *Doce canciones para Eleodora*, *Monicacofona*, *Mi nuevo órgano*, *Repeticiones para romper el cerco* y *Ofri Afro*. Es coguionista de las películas *Malta con huevo* y *El nombre*. Editor, traductor, tallerista y redactor, es integrante de este colectivo literario Sangra Editora.



COREOGRAFÍAS ESPIRITUALES

CARLOS LABBÉ

COREOGRAFÍAS ESPIRITUALES



© Carlos Labbé Jorquera
International Standard Book Number: 978-956-8681-94-4

© Derechos para esta edición:
2022, SANGRÍA EDITORA
Las Torcazas 103, departamento 604, Las Condes, Santiago de Chile
www.sangriaeditora.com
sangriaeditora@gmail.com

Aunque adopta la mayoría de los usos editoriales del ámbito hispanoamericano, Sangría Editora no necesariamente se rige por las convenciones de las instituciones normativas, pues considera que —con su debida coherencia y fundamentos— la edición es una labor de creación cuyos criterios deben intentar comprender la vida y pluralidad de la lengua.

Edición al cuidado de Mónica-Ramón Ríos, Angelo Alessio, Camila Soto Illanes y Martín Centeno.
Diagramó el libro Angelo Alessio.
El diseño de colección fue realizado por Joaquín Cociña y el dibujo de portada es de Mónica-Ramón Ríos.

Esta primera edición se terminó de imprimir en marzo de 2022 en Imprenta Feysen.
Impreso en Chile.

Permitimos la reproducción parcial de este libro sin fines de lucro, para uso privado o colectivo, en cualquier medio impreso o electrónico. Si necesitas una reproducción íntegra por favor comunícate con las editoras y los editores.

ÍNDICE

<i>La coreografía necesita de alguien</i>	15
13. Corrección.....	16
<i>La coreografía necesita melodía</i>	21
12. Corrección.....	22
<i>La coreografía necesita un ritmo</i>	24
11. Corrección.....	26
<i>La coreografía necesita pausa y movimiento</i>	28
10. Corrección.....	30
<i>La coreografía necesita un escenario</i>	32
9. Corrección.....	35
<i>La coreografía necesita un libreto</i>	39
8. Corrección.....	42
<i>La coreografía necesita simultaneidad</i>	46
8. Corrección.....	49
<i>La coreografía necesita contrapunto</i>	53
7. Corrección.....	57

<i>La coreografía necesita acumulación.....</i>	62
7. Corrección.....	65
<i>La coreografía necesita desplazamiento.....</i>	68
7. Corrección.....	71
<i>La coreografía necesita su lugar.....</i>	76
7. Corrección.....	79
<i>La coreografía necesita sincronización.....</i>	83
7. Corrección.....	86
Pastraña.....	92
I.....	92
II.....	93
III.....	96
IV.....	97
V.....	98
VI.....	100
VI.....	102
VI.....	104
VII.....	106
VIII.....	107
VIII.....	109
<i>La coreografía necesita un silencio.....</i>	111
6. Corrección.....	113
<i>La coreografía necesita a tres.....</i>	117
5. Corrección.....	120
<i>La coreografía necesita repetición.....</i>	126
5. Corrección.....	128

<i>La coreografía necesita público</i>	132
4. Fogata.....	133
3. Un cuero en la arena llama a un cuero del agua.....	138
2. Aconchamiento.....	143
1. El espectro de lo que sólo se puede tocar.....	145
<i>La coreografía necesita melodía</i>	149
0. El brillo está sólo en la pupila de los ojos.....	151
<i>La coreografía necesita un ritmo</i>	158
1. ¿Qué hacía tu sombra de noche en las olas?.....	159
<i>La coreografía necesita pausa y movimiento</i>	165
3. La otra roca, más conocida como la casa de los huesos.....	166
<i>La coreografía necesita corrección</i>	170
Nota.....	173



Para Mónica-Ramón Ríos y los Labbé Jorquera.

*A la memoria de Caries, Ex Fiesta, Tornasólidos,
Triple Turbante y el Costa Rica Space Program.*



La coreografía necesita de alguien que presencie los movimientos.

Él soy yo.

Él, este otro, ella, tú, ellos soy yo.

Él tocaba la armónica con la nariz, se ponía un pañuelo y soplabla hasta que toda la contaminación de la capital saliera de sus pulmones en un solo color transparente. Tocaba un kultrún en su pecho plano, hacía gárgaras para imitar un arpa.

Pensaba que podría escapar hacia el árbol en el momento que la neblina sucia de la ciudad se le hiciera insoportable.

Yo, en cambio, ahora que no tengo fosa nasal por donde inhalar ni exhalar, quiero que una melodía de arcos y cuerdas y piedras siga cayendo al amanecer, de a cinco dedos, sobre este cuero tensado contra la silla ortopédica.

Encima de la mesa debería haber un animal al sol, no esta pantalla donde cada movimiento de mi pupila escribe un nombre que carece de sonido.

13. Corrección

La coreografía necesita público, necesita de alguien que presencie los movimientos. El viento mojado del atardecer cerró de golpe la ventana de la cocina. Ella estaba cortando los puerros en el lavaplatos cuando fue sorprendida por la colisión del marco contra el vidrio; los pedazos se hicieron tira contra el suelo a pocos metros de ella. El sobresalto la hizo girar involuntariamente el cuchillo en el dorso de su mano izquierda. Cuando el cabro chico entraba a la cocina en pijama y con el pelo revuelto —mamá, qué ruido, exclamó su pregunta—, ella se había quedado mirando la forma de esa yaya bajo el chorro del agua como si recordara algo extraordinario que se desvaneció. Un sonido, dos sonidos, un contrapunto, la noche cerrada frente a las olas, alcanzó a pensar. Y luego sólo esa sangre suya que estaba tiñendo el agua del lavaplatos. Se llevó la mano a la boca antes de que la verdura quedara con un sabor malo a ella.

—Anda a ducharte, que vamos a comer luego. Y tráetelo —le ordenó al adolescente.

Diez minutos después estaban sentados en silencio alrededor de la mesa de la cocina. Ella tuvo que acelerar su respiración y abrir los ojos: la tía de su mano no la dejaba concentrarse, presente en la oscuridad como remedo de una herida anterior sobre la palma de un hombre que en su recuerdo retrocedía ante una concha, ante una botella recién quebrada, llanto y transpiración; ella estaba pilucha sobre la arena curada, caliente. Yo era otra persona entonces, pensó.

—La vida aquí empieza muchas veces —pronunció inesperadamente el vocalista en su silla de ruedas.

Sin solemnidad lo hizo, aunque era una voz que no le pertenecía.

A ella eso la tenía nerviosa: según los doctores era imposible que con su daño neurológico él pudiera hablar, pero por tercera vez en el año eso pasaba durante la meditación. El cabro también abrió los ojos por un instante; con su mamá se miraron, mientras la corriente de aire que entraba por el vidrio roto provocaba que una lejana puerta —la del baño, supuso ella— se azotara. También se escucharon los tres pitidos que desactivaban la alarma de la entrada principal. Era este otro, que venía llegando del estudio de grabación. Entró a la cocina con una bolsa de papel que puso en medio de la mesa y fue

hasta el fondo de la cocina. Ella alargó los dedos, extrajo de la bolsa un pan que todavía estaba caliente y lo abrió, mientras buscaba con la vista la mermelada, en vano. Este otro cerró el refrigerador con el pie, se sentó; fue a traer el pote de la mermelada, lo puso junto al plato de ella —le devolvió una sonrisa de agradecimiento— y luego se giró hacia él para ofrecerle un sorbo de la cerveza que tenía en la mano.

Entonces levantó la lata e hizo un brindis:

—Bless Him. I finished writing the bloody score today.

El cabro apretaba un cigarro apagado entre los labios mientras aplaudía. Con su movimiento de manos pasó a llevar la botella de leche que, al dar en el suelo, rebotó y fue a dar contra la mermelada al suelo. Súbitamente de mal humor, ella no pudo apartar la vista de la lata de cerveza que estaba cerca del vocalista mientras trataba de limpiar el suelo con una cuchara. Este otro juntó las manos y se agachó con ella.

—Estoy segurísimo de que El Hombre me quiso decir algo anoche —exclamó el cabro.

En su parálisis el vocalista intentó una mueca.

—¿Estuvo bueno el concierto? —preguntó ella.

—Está comprobado que El Hombre es el mejor barítono en la historia de la humanidad, madre. No se le conocen actuaciones imperfectas.

—That’s why he’s in the bubblegum music.

Este otro se echó a reír con su propio comentario. Ella, en tanto, miraba a su hijo hablar pero no lograba entender qué estaba diciendo. ¿De nuevo estaban hablando en chezungun para jugar a excluirla? Sólo escuchaba las risas y —es absurdo, se dijo, estamos a millas del océano— el ruido de las olas que crecían en la orilla por efecto del viento en la lluvia. Otro chispazo vino a su memoria: el recuerdo de la gruesa arena de la playa que se incrustaba en el interior de sus muslos mientras separaba las piernas, el tufo alcoholizado de este otro en su nuca, el gruñido de él en la oscuridad: déjanos.

—Logré abrimme paso entre la gente hasta la primera fila, creedme. Y heme ahí extasiado, frente a frente con El Hombre, quien modulaba el solo de guitarra final con el vocoder que se ha hecho incrustar en una de sus muelas. En ese instante me ha mirado, estoy seguro. Me ha mirado y me ha querido decir algo solamente a mí, algo que sólo él sabe y que sólo yo he de escuchar.

—My dearest, dearest lad —murmuró el otro con una exhalación—. Do not forget that the intense lights on the stage are there to keep the actors blind enough.

Ella llevó los platos y las tazas al lavavajillas mientras el volumen de la discusión aumentaba. Según el cabro, el hecho de que El Hombre fuera el primer transicionado que diera cifras de venta exitosas a la empresa no probaba

nada en contra ni a favor de su refinamiento musical, ni menos entregaba pruebas creíbles para discernir si era capaz de sentir emociones mientras cantaba.

—¿Nunca habéis visto pasar a toda velocidad por una ventana la cara de un desconocido a quien le vais a decir algo importante, una cara que ni siquiera lográis enfocar del todo pero a la cual le tenéis que hablar? Doy fe de que a El Hombre le pasó eso conmigo.

Ella prefirió dejarlos discutir y llevarse al vocalista en su silla de ruedas hasta el dormitorio. Tenía ganas de comprar alguna película qullasuyu para que la vieran los cuatro comiendo postre. Lo ayudó a sentarse en la cama, le trajo algunos cojines desde la sala para acomodarle la espalda. Cuando ella le entregó el control remoto, él se le quedó agarrando la mano, los ojos en esa nueva herida del dorso que apenas cicatrizaba. Tuvo ganas de decirle, de hacerle una, dos, tres veces la misma pregunta sobre esa frase que había balbuceado en el momento de la meditación: si después de estas semanas corrigiendo el libro sobre El Grupo en su pantalla podía nuevamente vocalizar, si algo le había ayudado a enunciar lo que dijo, para qué. Entonces otra puerta se azotó por la corriente de aire que el viento estaba provocando. Otra puerta en la casa. Será la de la entrada, se preguntó ella.

La coreografía necesita melodía, la melodía que ya no puedo escuchar con una oreja.

Él, cabro chico, quería encarnar al joven macho guerrero y no al salvador de la humanidad.

Él quería ser el libertador y no el vocalista de una banda.

Él soy yo, sin embargo. No más. Este cuerpo inservible que alguna vez saltó por los escenarios.

Todas esas vidas se aúnan en esta página y ahora sólo me es posible escribir calladamente con los párpados de lo que no es mentira, al margen de este liviano volumen de ficción autobiográfica que me ponen adelante en lugar de un animal inclasificable que se desangra al sol frente a la vieja, el kawellu y las cabras, la gallina y el árbol, mi hermano y yo.

Yo soy él. El Grupo. No más.

12. Corrección

La coreografía necesita melodía. Y la sección de theremines tramó una veintena de voces. Al compás de acordes en el piano, la máquina de ritmo quiso acelerarse y el contrabajo anunció un silencio que fue seguido por la grabación de un teléfono ocupado de fondo. Las luces estallaron con las primeras palabras que pronunciaba la silueta, la figura, la cara sudorosa que emergió del humo. Abría los brazos y se arrodillaba a cantar la canción sobre una mujer que recorrió el mundo liberando animales de zoológico con su comando terrorista hasta que fue capturada y se pasó el resto de su vida en la cárcel de alta seguridad. Esa canción encabezó durante ochenta semanas las listas de ventas comerciales en tiempos que ninguna foto de El Grupo había aparecido aún en pantallas ni revistas. Un rugido surgió de los cinco mil chiquillos imperiales que se caían de borrachos después de tres días celebrando la elección de la presidenta inmigrante. La mujer que manejaba la máquina de ritmo

presenciaba esto desde su rincón en el escenario; los minúsculos pelos de sus brazos se erizaban. Contempló el duro semblante de él fijo en una muchacha del público que estaba a punto de trepar, vio que algo cambiaba en el vocalista cuando ésta se quitaba la polera y la lanzaba a su ídolo como ofrenda, antes de caer rendida en las zarpas de los guardias, aplastada por la muchedumbre, desmayada. Conforme pudo ver aquella prenda entre sus manos, él soltó el micrófono y caminó sin detenerse hasta los camarines, a pesar de los empujones con que este otro lo intentó retener en el proscenio. La polera de la muchacha era azul y tenía estampada una cruz con el nombre del vocalista en lugar del barroco *Inri*.

La coreografía necesita un ritmo, un ritmo que no conmueva.

Él soy yo.

Antes de lanzar diez nombres posibles y falsos, antes de proponer títulos, dilato la pupila para trasponer al principio de este volumen de ficción autobiográfica las palabras de otro:

«Es el libreto de una música y unos diálogos que no se dan, un fuera de texto que sin embargo es lo más importante al momento de leer y no por eso no ocupa el lugar fundamental de la página.

«No sustituye las voces.

«No las previene; no pretende expresarlas ni metamorfosearlas en escritura.

«No es el relato de un itinerario, tampoco un tratado de espiritualidad.

«La coreografía sólo suministra un conjunto de reglas y de prácticas relativas a experiencias que no se describen ni se justifican, que no entran por completo en el texto y cuya

representación no ambiciona de ninguna manera, porque las plantea como exteriores a sí misma en la forma de un diálogo oral entre quien escribe y quien lee, o en la de una silenciosa historia de relaciones entre eso que no se dice y sus dos garantes».

Mientras, estos párpados se cansan.

11. Corrección

La coreografía necesita un ritmo. Y la muchacha que después manejó la máquina percusiva de El Grupo le había pedido tres veces en vano a sus padres una batería; se negó a seguir estudiando, las discusiones se hicieron intolerables. Una tarde se dirigió desde la escuela a un paradero y tomó un autobús hasta la ciudad, luego otro hacia la capital y desde ahí otro al puerto. Durante décadas se negó a volver donde sus padres —que la lloraban cada noche— aunque nunca olvidó su habitación en esa casa, la mullida cama de colchas bordadas a mano desde la cual se quedaba observando por horas el cartel en papel roneo donde el remoto vocalista aparecía de frente y de perfil a la vez, su cara maquillada de violeta, los dientes y los ojos morados.

Dos años después lo conoció. Fue en el baño de la embajada, durante una gala en que el padre de este otro era el anfitrión. Ella ingresó caminando por el jardín de la férreamente custodiada sede diplomática como si

se tratara del pastizal suburbano donde había crecido; ni los guardias le preguntaron nada ni los perros que protegían el parque circundante la olieron. Este otro no dejaba de mirarla. Él, en cambio, estaba sobre un lavatorio durmiendo la juerga. Ella lo besó, le lavó la cara y le dijo que era su única seguidora.

Años antes ella había viajado de intercambio estudiantil al país del vocalista. Le tocó en suerte una familia que se declaraba sobriamente religiosa desde su casona en la cima de una montaña, a la cual sólo se podía llegar conduciendo y, como ella no tenía licencia, se pasó el tiempo leyendo libros que sacaba de la enorme biblioteca que el jefe de familia mantenía en su despacho privado, junto a una colección de conchas marinas, botellas cerradas y cajones bajo llave. En la televisión de su pieza le gustaba quedarse esperando el programa de videoclips que un canal local transmitía de madrugada. Ahí se quedó aturdida ante la única presentación que se registra de una de las bandas anteriores de él. Aunque eran diecisiete los integrantes, ella sólo pudo fijarse en el vocalista, en sus bigotes, su bikini amarillo y las botas de goma.

La coreografía necesita pausa y movimiento.

Sólo para quien me observa en esta silla estoy paralizado, no para quien me mira a los ojos y no los encuentra.

Cuando los abro la frase anterior es corregida.

Él soy yo, aprende a caminar persiguiendo a la vieja por el cerro donde había árboles cuya especie ya no existe.

Ella le va dictando un encadenamiento de palabras en la lengua que no puede tener un nombre, para que las olvide mientras se dirige hacia algún sitio y para que las recuerde en cuanto esté detenido. Así, sólo cuando se eche en el suelo boca arriba sabrá si llegó al lugar donde las ramas se anudan entre sí en forma de arcadas, puertas, giros, túneles, miras y brazos.

Él que soy yo se da cuenta, cuando los estallidos lo hacen subir al árbol y desde arriba encuentra a la vieja faenada por los disparos de los guardias de la empresa dueña de todo este papel, que no hay tal cosa como árbol, vocalista, baterista, tecladista o bailarín, sino una aglomeración.

No hay majamama ni circuito en esta ficción autobiográfica: sólo esta aglomeración de carne que debe permanecer cerrada en sí misma para seguir viva, terrón de raíces que no pueden exponerse al sol.

Él recuerda ese encadenamiento de nombres propios.

Sabe que yo no los pronuncio, porque entonces los tacharía.

10. Corrección

La coreografía necesita pausa y movimiento. Eran las once de la mañana. Caía una llovizna desde el cielo gris; sin embargo ella no tenía frío ahí, corriendo hacia el cementerio del pueblo.

Dos horas antes, junto a la casa de la familia del cantautor, un anciano en silla de ruedas cuya barba blanca le colgaba hasta el estómago había tocado una campana al momento que la aglomeración de gente enfundada en mantas, anoraks, montgomeries y ponchos bajaba la cabeza; una pareja incluso se arrodilló. El aire estaba húmedo y el caserío siempre había sido silencioso. Un perro empezó a ladrar a la distancia. Un niño dio un grito, una adolescente lloraba. Un borracho quebró su cerveza. Otro perro se sumó con un aullido. Veinte minutos después la policía disolvía la trigésimo segunda conmemoración de la muerte del cantautor. Por altavoces anunciaban el estallido de la central nuclear. Debían arrancar. Ella, sin embargo, no iba a faltar a su

compromiso. Hace cuatro meses él le había mandado un mensaje desde el puerto, pidiéndole que se reunieran en ese caserío tan al norte. Ahí él intentaría enfrentar su miedo al público; llevaría una guitarra para homenajear al cantautor con un nuevo tema que había escrito después de ocho meses sin proferir una sola palabra.

—Cobarde de mierda.

Ella trataba de mejorar las consonantes blandas con que pronunciaba ese idioma de garganta —de conejos, le parecía— sentada en alguna lápida, mientras empinaba el vaso que uno de los lugareños le había llenado. O quizá esa no era una lápida cualquiera, alcanzó a pensar cuando escuchó:

—You are sitting in His tombstone, love.

Este otro se acercaba caminando por el sendero del cementerio; se lo dijo mientras se sacudía el agua de los pelos cortísimos de la cabeza. Este otro sabía que el vocalista no iba a aparecerse, tenía para tres años más en la cárcel de alta seguridad del puerto; de todos modos le había prometido que encontraría una baterista para la banda.

La coreografía necesita un escenario.

Él, cabro chico, caminaba detrás de la vieja.

Quería tomarle una mano que era como el suelo por donde iban juntos a buscar piedras al volcán detrás del cerro; parecía que podría alcanzar esa mano pero era un puño, no necesitaba que la vieja lo espantara como a un coliwacho para no atreverse a tomarla con la suya.

Yo, en cambio, detenido voy ahora tras la historia de una banda que pareciera hacer de esto algo suave, transparente, blando, pulido, cómodo, la cantidad justa de luz para que las pupilas no se me encandilen y así los párpados puedan colocar en la pantalla puntos, rayas, acentos que todos conocemos y por eso nadie los ve.

Él, cabro chico, le hablaba a la vieja para que se detuviera, para que lo esperara, para que le contara cuál hoja pedir y cuál dejar, cuánta la cocción, cuándo la espera mirando el sol, dónde la noche, los galopes en círculo, la siembra, el recorrido, los golpes en una piel recién tensada, si a él también

lo vendrían a ver durante el sueño para darle un nuevo árbol en que poner los pies y correr por las ramas altas.

Él, cabro chico, corriendo en el barrio con su hermano le preguntó dónde habían quedado la vieja, el kawellu, el árbol, las cabras, el barro duro. Su gemelo lo miraba con una mueca y le daba un puntapié a las bolsas negras del pasaje, gruñendo:

«Si lo sabes, para qué preguntas.

«Si preguntas es que no entiendes dónde vivimos ahora, que hay que hablar así para entrar al negocio y conseguir dulce.

«Que hay que moverse.

«Que a la vieja la mataron. Que la vieja se murió sola. Que tu árbol ahora es papel para limpiarte el poto, que a las cabras se las comen los guardias y el barro duro ahora es arena para hacer el cemento de las calles nuevas de la población».

Él, cansado, no podía escribir palabras sin sonido en la cárcel donde lo metieron por matar a su hermano.

Yo, en cambio, cuento con la cantidad justa de luz para que estos párpados recorran una página que ya no está hecha de árbol. Dos enfermeras pagadas me despiertan si me estoy ahogando en el barro duro.

Él, cabro chico, se paró en el camino junto a la vieja que cantaba y bailaba en un movimiento único; aprendió a hacerlo así, sin que le cambiara un músculo de la cara, ni de la boca, ni de la garganta.

Él, cabro chico, alcanzó a darse cuenta de que el barro duro del volcán era de repente un camino, lengua de tierra plana, grava fina para las ruedas y pulcra, bien iluminada por los faroles. La vieja cantaba a la hora en que el tráfico se detenía. Empezaba a llover entonces, de nuevo barro y, desde el barro, algunos terrones emergían rumbo a los árboles; eran cientos de sapos que luchaban por alargar su ciclo antes de que vinieran las ruedas del camión de la empresa con la luz de la mañana.

Él, cansado, podía escuchar a la vieja:

«Puedes seguir haciendo lo que mi propia vieja y la vieja de mi vieja, y la vieja de su vieja, y las viejas y viejos de ellos, y los más viejos, y las viejas de los más viejos, pero este lugar donde lo hacían no va a seguir estando.

«Eso no significa que no puedas pisar más el árbol, ir por la sangre de los pájaros ni saltar de las ramas altas a donde haya un volcán, incluso si te quieren hacer creer que queda puro cerro de grava, que el agua pertenece a un gallo nomás y que tú eres sólo la silla donde lees, la faja que te mantiene erguido y la pantalla de vidrio luminoso que te cambia los párpados a palabras que no pueden mantener secreto alguno.

«Tu grupo es donde El Grupo se ha parado».

Yo, en cambio, duermo y corrijo sin cerrar los ojos.

9. Corrección

La coreografía necesita un escenario. Por entonces este otro había cumplido catorce. Su madre lo llamaba con insistencia desde una de las suites del hotel, gritándole con entusiasmo fingido que viniera, que las olas del mar frío se habían convertido otra vez en babosas negras y enormes que se abalanzaban chorreantes contra la costanera, devorando a los locales. Este otro murmuraba insultos que aprendía de las películas.

Esa madrugada había despertado con una melodía en la cabeza, dos líneas de bajo en corcheas y redondas que lo llevaron a desenfundar su teclado, anotar las notas y someterlas repetidamente al arpegio automático. El embajador, furibundo, abrió la puerta, caminó hacia la cama y le quitó el teclado de entre las manos mientras le preguntaba con su voz siempre monótona si no le daba vergüenza haber despertado a su madre, quien probablemente no volvería a dormir en toda la noche. Este otro se quedó a oscuras frente a la ventana, rabioso,

escupiéndole a esa cabeza que apenas se formaba en el vidrio contra la oscuridad y la lluvia, imaginándose que estaba frente a la figura del embajador. Pero era su propio reflejo, y eso lo enfurecía tanto que estaba decidido a usar los calzoncillos nuevos que su madre le había dejado en el cajón para limpiar con ellos la salivadera. No lo hizo. Solamente abrió la ventana, se quedó observando el océano por largo rato y llegó a pensar que sí, las olas en efecto parecían babosas que aprovechaban la lluvia para salir impunemente a devorar a quien se asomara por la costanera. Se enfurecía porque a su madre se le había ocurrido lo mismo horas antes, qué falta de originalidad la suya. El embajador lo sacó de las especulaciones a las ocho de la mañana, los dedos sobre sus hombros mientras le hablaba. Este otro sólo vio que movía la boca, pues había subido el volumen al máximo. Se largó a reír. Su padre le sacó los audífonos de una sola cachetada. Que lo escuchara bien: tenía treinta minutos para ducharse, afeitarse y vestirse. El traje estaba sobre la mesa. En treinta minutos, repitió, pasaría a buscarlo el chofer y lo llevaría a la ceremonia en la iglesia. Con su madre debían irse antes. El embajador era buen amigo del general.

Este otro se encerró en el baño hasta que sintió que los padres se marchaban con un portazo, tras haberle dado instrucciones por más de cinco minutos desde el umbral. Buscó un paraguas, tomó la llave de la suite,

caminó por el pasillo, abordó el ascensor, salió al primer piso del hotel. Pidió un corto en el bar y se sentó en un sillón de cuero que había en la esquina, desde donde se dispuso a observar la lluvia que caía sobre el litoral mientras fumaba un grueso cigarro que había encontrado en una maleta. Detrás de la barra dos meseros se miraban sonriendo, desde sus bocas no se escuchaba palabra. En el centro del restorán un extranjero le decía a su acompañante local que no, que nadie ni nada le obligaría a hablar en una entrevista sobre su pelo negro, esas canas le habían costado tantos gritos décadas atrás. Luego comían mariscos por largos minutos en silencio, interrumpiéndose solamente para elogiar la calidad de lo que bebían.

Mientras observaba con inquietud a través de la ventana que las olas ya poseían la vereda al otro lado de la calle, al mismo tiempo que un eco lejano le preguntaba de qué color era el océano, este otro iba escuchando nítidas en su cabeza las cuatro líneas de bajo que en su teclado había convertido en base rítmica, a la que añadió de repente un sintetizador monofónico, un xilófono y un rasgueo, más cuatro coros góspel en el estribillo y la melodía grave de una guitarra de doom-metal. Y comenzó a escuchar ciertas palabras, la misma letra que quince años después daría inicio al primer disco de El Grupo; comenzó a escuchar una letra, sí, pero no la voz que la

entonaba. ¿Cómo era posible eso?, alcanzó a preguntarse cuando, desde la otra mesa, los turistas lo interrumpieron a los gritos de más vino, más mariscos, otro cenicero.

Se hacía difícil entender si afuera estaba cayendo un aguacero o si había una neblina densa, hasta que apareció arbitrariamente la luz de un farol. Este otro pudo notar que un taxi se detenía en la vereda y que de su interior bajaba una muchacha. Los brazos de ella sostenían apenas un peluche enorme, empapado por el mal tiempo. Este otro se levantó, agarró el paraguas y corrió entre las mesas, a través del pasillo, por la recepción del hotel, más allá de la vereda y a la calle entre los autos que se acumulaban tras el taxi. Bajo el diluvio y en medio de los bocinazos no logró encontrar a la muchacha. Seguramente había entrado en uno de los edificios que circundaban la avenida, desesperó. No alcanzó a quitar la vista de los edificios cuando un tipo en ropa deportiva chocó con él. Los dos estilaban. Cada uno se tragaba una disculpa rápida, se devolvían movimientos de cabeza. Entonces el tipo transpirado le quitó el paraguas de la mano y se fue corriendo, justo cuando vino la ola a reventarle encima a este otro.

La coreografía necesita un libreto. Él no es este otro. Ella viene ahora con su taza de té en la mano y me toca el pelo igual que va con un vaso de vino y abraza a este otro en la cama.

Yo, en cambio, busco anotar una frase de contratapa para esta ficción autobiográfica si la mañana entra por el vidrio, me da en la cara y me encandila como a la gallina ciega que revolotea lejos de la fogata y se queda cual piedra iluminada por el camión que trafica de noche en el camino de barro duro:

«Este libro no es una historia de excesos, traiciones, compañías, abandonos, alianzas, accidentes y reencuentros.

«El Grupo no empieza cuando se conocen sus integrantes, sino cuando cada cual reconoce por primera vez que es instrumento de quien toca.»

Yo soy él. No soy este otro. Mi hermano no murió cuando lo corté, la cárcel no empezó en el momento que fui a entregarme ensangrentado en la tercera comisaría del

puerto. El volcán no se vuelve cerro aun si un milenio de negocios consume sus faldas. La vieja los dejaba arrancarse a la ciudad con los cabros pero sin las cabras; esa noche, de regreso, las gallinas estaban colgando desangradas y en la mañana encontraron al kawellu charqueado sobre un montón de grava. Al final vino la empresa de papel y cortó, entre otros millones, su árbol; se trataba del árbol de él, pero no del árbol de su hermano, que hasta hoy adorna el jardín de nuestras oficinas.

Él, estrella, pagó para convertirse en el dueño de esta empresa y de tantas otras: por justicia no tengo ya mano sobre la corteza de un árbol sino las pestañas contra la superficie de una pantalla de vidrio. En esa ciudad donde él y su hermano crecían, no crecía nada. Corrían furiosos por las calles hasta que uno de ellos vio por primera vez el mar, hasta que uno de ellos tocó por primera vez la nieve, hasta que uno de ellos olió por primera vez el bosque. Entonces su hermano también tenía que morir.

Yo, en cambio, me dejé cortar repetidamente por la sierra eléctrica en escenarios de todas partes que, sin embargo, eran idénticos entre sí: luces por la cara mía, por las manos de este otro, por el torso de ella, por la ingle de los dos bajistas; por los pies de cientos de miles que estaban ahí bailando con nuestro vapor, nuestras proyecciones.

Él soy yo, sin poder ya para darle la espalda al humo, a la pantalla.

Él, cabro chico, se detenía frente a la lengua de tierra por donde pasaban los camiones con guardias, cascos y ráfagas en busca de la vieja. Él, estrella, permanecía al borde del escenario. Manos contra la nuca, sostuvo un grito para el cual no era necesario mover un solo músculo de la cara y que al mismo tiempo contraía los de quienes escuchan. Como su árbol iba a caer. Yo, paralizado, corrijo esta autobiografía:

«Ella importa tanto como este otro, como los dos bajistas, como esa aglomeración que llamamos público porque está encandilada, como la vieja que desaparece detrás de los cerros rumbo al volcán».

El Grupo soy yo también. Es mi tierra si ya no puedo estar ahí; una tierra mía que no está hecha de tierra, ni de metal, ni de papel, ni de vidrio.

8. Corrección

La coreografía necesita un libreto: Cueros fue oficialmente conformado durante el verano de 1986 en un patio de la capitalina comuna de La Florida por dos gemelos, hijos de un linotipista imprentero y una enfermera del hospital José Joaquín Aguirre. Por la radio eran los tiempos del rock latino, pero los mellizos no escuchaban los éxitos de Upa!, Soda Stereo y GIT, sino los caset que les enviaba un amigo de su padre exiliado en Estocolmo con canciones de Chameleons, Television y Cocteau Twins.

Por entonces su hermano conoció en el liceo a la Sara, su futura esposa, hermana de un artista performático de la época que una década después se convertiría en escenógrafo de las teleseries nacionales. Pronto los mellizos se volvieron asiduos al Garage de Matucana, donde escucharon a los Electrodomésticos, a Viena y a La Banda del Pequeño Vicio. La primera grabación de los gemelos fue en el minicomponente de la casa, con él en guitarra y primera voz, y su hermano en bajo y armonías

vocales, reemplazando el pulso de la batería por la caja de ritmos de un teclado de juguete que pertenecía a una primita de la Sara. Durante el siguiente año y medio Cueros tocó tres veces en el Garage de Matucana, con la Sara en flauta dulce y el Igor Rodríguez —de Aparato Raro— en sintetizadores como invitados ocasionales. Dos de las canciones que habían compuesto en ese período fueron grabadas profesionalmente e incluidas en el compilatorio *Nuevo rock nacional, volumen 4*, del sello Alerce.

Alerce les propuso grabar un caset completo. En octubre de 1987 *La pieza* de la Sara fue distribuido en dos disquerías pitucas de la época, donde inesperadamente fueron vendidas 300 copias, sin otro apoyo comercial que el boca a boca. Un manager del que se desconoce el nombre les ofrece representarlos. Ya alejados del Garage de Matucana, en el verano de 1988 los mellizos incorporan al Arturo Soto en la batería y al argentino Clemente Ferlosio en los teclados, con quienes tocarían en diversas discotecas del litoral central, para terminar en el segundo Festival Free de Bellavista, donde comparten escenario con Aterrizaje Forzoso, Lambda y, de fondo, Los Prisioneros.

Una gira a Argentina a finales de ese año coincide con la rotación en radios bonaerenses del segundo single de Cueros, *En el techo*. La revista *Cerdos y peces* los nominó

en su lista de Canciones del Mes. Estuvieron de gira durante cuatro meses por las provincias trasandinas y cruzaron otra frontera para un concierto en un bar de Foz do Iguazú. Durante los meses siguientes el Arturo Soto deja la banda y el vocalista conoce en Brasilia al Dudú Branca, percusionista de fusión que por entonces toca con el John McLaughlin, mientras su hermano contrae matrimonio con la Sara y asume labores de producción para Sony Music de Argentina.

En abril de 1991 Cueros edita con Alerce el EP *La escalera de J*, cuya despojada portada verde —como señal de la reciente conversión del vocalista al rastafarismo— fue reemplazada a última hora por una fotografía de Copacabana en verano. Ningún álbum de Cueros, tampoco de los posteriores Sismos ni Jim Nace, incluyó más datos que los créditos de producción; de los gemelos existe sólo un diminuto retrato monocromo que los especialistas reconocieron en el collage que ilustra el reciente compilado electrónico de grandes éxitos de *Gymnastics*. Un segundo EP, de julio de 1991, sería la última grabación de Cueros: *Las fotos reveladas*. El 26 de agosto firman por dos discos con EMI Odeón Argentina y graban una presentación en vivo del single *Labiales y velas* para el programa de televisión «Undercriollo», de UCV-TV. Pese a la variedad de citas rítmicas y melódicas en sus canciones que según la crítica musical argentina

confunde al público —la psicodelia británica sesentera, el gospel gringo y la New Wave, pero también los ritmos jamaicanos, la chicha peruana, la old school del Hip Hop de la costa Este, la tropicalia brasileña, el pop soleado de los Beach Boys, la música ceremonial pewenche, el postpunk industrial, el ambient, las anticuecas de Violeta Parra y el jazz de Bill Evans—, sin duda Cueros habría alcanzado una síntesis musical enriquecedora para el pop meridional de las décadas siguientes de no haber sido por esa noche fatídica del 26 de agosto de 1991, cuando el vocalista apuñaló a su hermano.

La coreografía necesita simultaneidad. Cierro los ojos y lo repito continuamente en silencio porque no tengo laringe, ni labio, ni paladar con que cantar una palabra que se esconda.

Él, en su cárcel, entendió que la mejor manera de afeitarse, de mirarse a los ojos, de sacarse pelos y buscar comida no era con espejos, que estaban prohibidos; con sus puntas habían desangrado a un guardia y cavado un túnel. Él, en su cárcel, aprendió a mirarse contra los vidrios.

Yo, paralizado, parpadeo y no tengo sueño. Muevo la pupila, no hay ya un ngürütrewa al que seguir por la ladera con la mirada mientras espero el momento de robar el kawellu y traérselo a la vieja atado, furioso, coceante, idéntico a ella, para que le saque pelos de la guata, para que lo escuche relinchar de orgullo, para que reciba su hocico en la pierna en vez de mi cuello y lo deje.

Él, en su cárcel, veía los cerros a través de los vidrios. Supuso que el sol daba azul en esas laderas porque había un agua enorme enfrente, que el océano estaba tan cerca de

ahí. El castigo entonces era que pudiera entender cuando le hablaban de la mar, que lo dejaran llegar hasta la ventana a vigilar su reflejo, pero que ningún vidrio ahí diera a la costa. Él nunca había visto el mar ni la mar; a los que venían de a cuatro a violárselo les decía que su lugar estaba en la ventana y que no se iba a mover.

Yo, en cambio, me quedo ante un vidrio que no es transparente. Un vidrio que me devuelve correcciones si no dilato la pupila, que abre ventanas nuevas donde no aparecen cerros ni lo que está tras los cerros cuando parpadeo tres veces seguidas, que avisa mi necesidad de lágrimas artificiales si se refleja ahí una vena en mi glóbulo. Ella viene y veo sobre el blanco de la pantalla que me da un beso, que me pone la mano en la nuca, que me canta en su idioma insular.

Yo, en cambio, borro eso que se queda en el vidrio.

Él, en su cárcel, defendía su lugar junto a las ventanas porque había visto que ella pasaba caminando, adolescente, por uno de los cerros. Durante un mes ella entraba por la misma puerta. Aparecía en el mismo balcón de un piso superior, se apoyaba en el borde y se quedaba mirándolo de vuelta; más atrás, sobre la pared del fondo de esa pieza en la residencial, podía divisar también un cartel con la cara de este otro y el nombre de una banda, su banda.

Él, en su cárcel, defendía su lugar junto a las ventanas donde alguna vez apareció ella y quebraba a patadas los vidrios en que su hermano volvía a verlo.

Yo, en cambio, me quedo frente a esta pantalla blanca. Dejo que lo que mis párpados anoten sea corregido sobre una superficie suave, acogedora, pulida, ni corteza ni azogue ni cristal:

«Él soy yo. El Grupo empieza donde termina la pareja que todo este tiempo formamos la vieja conmigo, mi gemelo conmigo, ella con este otro. El Grupo termina donde empieza la pareja».

Corrijo y me dejo corregir.

Él, en su cárcel, escribe con el dedo en el vidrio empañado antes de que lleguen los guardias, antes de que lo agarren entre cuatro por haber quebrado la ventana. Yo soy él y parpadeo sin parar hasta que se me hinchan los ojos.

8. Corrección

La coreografía necesita simultaneidad. Durante el primer vuelo, ella y él en ningún momento se soltaron las manos, aun cuando el productor le alcanzaba un vaso de jugo de piñón a ella y él, con su pie desnudo, le hacía cosquillas para que lo soltara. Tampoco lo hicieron cuatro horas después, ya de noche, cuando ambos se levantaron para encerrarse en el baño mientras los bajistas gritaban bromas picantes y este otro, haciéndose el dormido, alzaba el volumen del último álbum que la compañía le había cargado en su aparato. El ánimo general fue muy distinto ciento cuarenta y cuatro horas después, cuando este otro, de traje y corbata, y él, en pijama, cada cual conectado desde sus habitaciones, terminaron de mezclar la última pista del disco y dieron el sí ante sus respectivas cámaras; entonces se abrieron las puertas selladas al vacío del estudio de grabación y los restantes tres músicos de El Grupo escaparon rápidamente hacia los parques, al borde de los canales de la ciudad.

Ella se desabrochó el primer botón de su abrigo negro y caminó. Se detuvo en un puente cuyo nombre no era capaz de pronunciar, puso las manos en la baranda y el frío del ladrillo la sobresaltó. El viento le revolvía la melena. Apoyó los dedos sobre el estómago, las nubes entraron en su campo de visión, las aves pasaron volando a lo lejos, el viento volvió a soplar cálidamente al momento que las campanas de una iglesia a sus espaldas empezaban a confundir el aire. Jamás iba a ser el juguete de él, como la había llamado este otro la noche anterior, ebrio, al ofrecerle la enésima pastilla, después que le declarara su amor una vez más. Entendió que los seis días de grabación del segundo disco habían sido un montaje. Para ser vocalista es necesario mentir, solía decirle este otro de madrugada, cuando regresaban desde algún concierto, él manejando la camioneta o en el metro. Cuando sabía que ella le estaba poniendo atención, añadía: eres tan linda. Ella se mordía la lengua, entrecerraba los ojos, observaba a la gente; cada cierto tiempo veía en alguien la forma de caminar del vocalista, sus peinados extravagantes, porque conversaba gritando o porque estaba doblado en el suelo sobre sí mismo, tocando la armónica con la nariz a la salida de alguna institución de beneficencia imperial. Entonces ella respondía en voz baja, en su idioma insular: no me digas que soy linda. Ahí, mientras repiqueteaban las campanas de alguna iglesia,

ella olvidó las cincuenta y tres veces que el vocalista le había hecho repetir la base inicial de la tercera canción, el tono despectivo en su voz, la ocasión en que su puño huesudo golpeó el panel transparente —con tanta fuerza que la superficie onduló como una sábana— porque ella había perdido el compás en la intro de la suite final. Él no se quiere a sí mismo, sólo a sus antepasados, le repetía la voz de este otro en su cabeza, y el sol en la ciudad se había escondido de repente para que el azul de los canales y el rojo de los ladrillos fueran superficies de acero. Pero si sus ritmos serían retocados por este otro en el estudio, ¿para qué estaba ella en El Grupo?

Se desabrochó el segundo botón, se metió las manos a los bolsillos y encontró ahí un chocolate con hongos. Se echó tres cuadrados a la boca. Una monja se sentó a su lado y le sobó el muslo para luego decirle que el amor es uno solo, aunque sus formas varían como las nebulosas y las constelaciones se reflejan apenas en el canal si hay buena noche. Ella se rió y la monja se puso de pie, ofendida. Esa noche el viento se había detenido, alcanzó a notar, luego las calles se alargaban hacia los costados. Su piel ahora era el pasto de ese parque donde se había acostado, aquellas luces que podía verdaderamente tocar desde el suelo con la mirada. Había perdido uno de los botones del abrigo, lo encontró en su boca. Él no era él. Ella estaba llorando y podía apenas balbucear cuando los bajistas la recogieron.

Dos horas después aceptó una cerveza en el club y al beberla se mejoró. Fue recobrando cierta sensación de cuando sus padres celebraban algún aniversario en el suburbio con familiares distantes; ella, de pocos años, se internaba entre las piernas, oía un ritmo que la arrebató, manos hechas de música la tomaban de la cintura y la hacían bailar sobre una mesa donde ya a nadie le importaba que los platos y los vasos cayeran al suelo. Los primeros compases cardíacos, guturales, amortiguados de dos bajos y una batería programada sacudieron el club, ella se bebió su cerveza de un trago y se sumó a la eufórica aglomeración de la pista. Entre sus propios alaridos reconoció una voz que le hablaba: este otro intentaba bailar a su lado. Se rieron. Supo que ese pulso que la había llevado a la pista, esa voz que hacía bailar a tanta gente, era la tercera canción del disco de ellos. Cuando una docena de adolescentes los rodeó con su baile y sus pelvis, entendió que habían trabajado poco tiempo y sin embargo ganarían mucho dinero, que por tal motivo El Grupo no podría existir, que vivirían lejos.

La coreografía necesita contrapunto. Cuando cierro los ojos puedo ocupar ciertos nombres en esos innumerables idiomas en que fui grabado, pero cuando los abro soy incapaz de transcribir parpadeando en la pantalla uno solo de sus sonidos si antes no viene ella y con la primera luz del alba me lava el paladar con sus propios dientes recién limpios.

Él, cabro chico, corría hasta la boca del río donde nadie iba por miedo a la pancora y al cuero para ensayar encadenamientos largos de sonidos que rivalizaban con las voces chinchosas del agua en cada piedra, con el reclamo del piurrín al sol que se va, con el aleteo del matapijo, con la crispación del abejorro, con la palabra cantada que la vieja y nadie más podía dejar salir en su escalada al árbol.

Él, corriendo por el barrio con su hermano, rayaba encadenamientos largos de sonidos sobre las paredes de las fábricas en colores que no habían visto antes, ni siquiera cuando la neblina anunciaba mal el amanecer tras el volcán; aun así, unas horas más tarde los nombres se hacían grises, sumados a la ciudad, a su mugre de aire, a su cemento

de barro duro. Entonces su hermano le daba un pancorazo y lo obligaba a cantar con los músculos inmóviles mientras pintaban la sarta de firmas incomprensibles, a la espera de poder usar las hondas en los ojos de los guardias que se asomaría entre sirenas y linternas.

Abro un solo párpado, así la pantalla no puede corregirme: la autobiografía de El Grupo es una historia de gritos y amenazas, pero no hubo un solo disparo.

Él, cantante, suspendió un concierto en un teatro de marionetas, reyes, millonarios, ejecutivos y otros farsantes cuando los guardias apalearon a un fanático que intentaba pasarse al escenario. Él, estrella, escupió los pies de los productores que le preguntaron por qué se recogía en la noche si era del sur. Él soy yo. Yo nunca he rezado, pero sí le agarré las manos al fanático, a la vieja, a las cabras, a los bajistas, a ella, a ella y a este otro ebrios en la cama, en la playa calurosa, tres éramos cuando amanecía y ella dijo en su idioma insular que nos habían robado la ropa, en voz baja propuso que mejor fuéramos a buscar hojas entre los arbustos y en vez de eso encontramos un conejo que se escapaba de su wachi.

Ella me llama con la palabra que digo cerrando los ojos.

Él, queriendo pegarle, lloró frente al mar por primera vez con ella.

Él, cantante, abría cada dedo de la mano y abría los brazos y abría el pecho y abría la guata y abría las ingles

y abría las piernas y abría cada dedo de los pies antes de abrir los labios.

Él, en su cárcel, se levantaba antes que el sol para poder pronunciar en secreto, pero cierta vez venían llegando unos cuatro de cualquier entrevero en el pabellón y lo encontraron entre la neblina de la ventana con los ojos cerrados.

Él, en su cárcel, logró girar hacia adentro y formarle una punta a la exhalación del último sonido, boca casi cerrada donde las ramas azotaron el paladar cuando una patada de esos cuatro le quebró la nariz. Ellos no supieron que lo ayudaban a amplificar ese silbido sin boca, que la sangre iba a ser un hilo por donde podría irse a lugares encumbrados aunque lo vieran en el suelo con espasmos, vidrio en el cuero cabelludo, dedos de las manos abiertos, dedos de los pies doblados.

Él, en los brazos de ella, pidió que no lo despertara cada vez que abría la boca sin gritar en el sueño. Ella sabe que él duerme poco, que cierra los párpados para buscar el sonido de un encadenamiento de nombres capaces de despejar los rumores que lo hacían contornearse en el escenario instalado sobre distintas tierras de colores que él y su gemelo nunca habían visto, ni entre la neblina ni en el humo. Ella sabe que puede hablar por él, aunque lo haga en el idioma de la isla y en el idioma de la península, en la lengua de los conejos y en la lengua de los kawellus, en el rumor de las pantallas y en el rumor de los libros. Ella le toma las manos

y no dice que las halla heladas, le rajuña un poco la nuca y le chupa las pestañas; luego vuelve a la cama y deja que este otro la abrace.

Yo, en cambio, me quedo frente a la superficie pulcra con los párpados firmes en busca de una palabra adecuada que no sea autobiografía.

7. Corrección

La coreografía necesita contrapunto. Sentado en una banca de la plaza, este otro escuchó cómo las voces del coro arreciaban al interior de la catedral en el instante que los ocasionales goterones dieron paso a la lluvia. Abrió los ojos y se armó de valor para ponerse de pie, para caminar abriéndose paso entre la decena de muchachos con pelo rapado, trenzas y tatuajes que comenzaban a insultar a los policías de las barreras conseguidas por la viuda gracias a su amistad con el alcalde.

Antes de entrar al funeral, este otro se arremangó por reflejo la camisa blanca que llevaba. Las letanías del obispo lo adormecieron y ahí, entre cirios, elegías y pañuelos que se alzaban hacia párpados y narices de ancianos respetables, senadores y diplomáticos —sin duda parientes de la viuda y no de su esposo, el mentor—, este otro pudo dormir profundamente por primera vez en diez días, y así ignorar la evidente hinchazón en falanges y tendones luego del exigente régimen de ensayos a que

había sido sometido en las últimas jornadas. Postrado en su cama, desahuciado, el mentor le había dado instrucciones para la interpretación de cada una de las doce canciones, mientras sostenía apenas el peso del órgano de tubos y del secuenciador de transistores, del grabador de ocho pistas y del mezclador análogo, arriesgándose a que el aparataje se enredara con la sonda que lo terminaba de alimentar contra su voluntad, obstinándose en grabar el último acorde de la trigésima grabación del Proyecto de Banda.

Este otro escuchaba la suite que cerraría ese disco final como una letanía repetida en la treintena de voces que se elevaba desde la catedral cuando el obispo despedía al mentor, dijo, de su paso por esta tierra. Luego el mentor volvía a estar vivo, aun agonizante, en su cama, mientras este otro, sentado a su lado, disfrazaba los pulsos de los monitores con una improvisación a partir de un andante en guitarra acústica porque sabía que el mentor —así como se alimentaba solamente de vegetales y no bebía alcohol, así como no ingería fármacos ni trabajaba con otros músicos hasta que este otro, de diecisiete años, entró a trabajar como su cocinero y se las arregló para ganar su confianza como guitarrista; así como cada mañana hacía su práctica, cada mediodía se recluía y cada noche renunciaba al sexo— no escuchaba otra música que la de Bach, la de Fela Kuti y la de Felt. La piel azul

del mentor se le volvía borrosa, el sueño se le llenaba de bruma pero no la figura de esos ojos enfermos, en los cuales este otro distinguía un velo cuando se enteraba en boca de los médicos que no podría completar la obra del Proyecto de Banda, que no alcanzaría a completar las trece canciones del trigésimo y último disco que clausuraba el ciclo con la música de una biología posible tras la práctica metafísica; en esos ojos había satisfacción, porque por fin terminaban los dolores de la enfermedad.

«En su Presencia», repetía el obispo.

La frase iba a permanecer durante la escucha soñolienta de este otro en la catedral, cuando lo sacudió el descubrimiento de que un hilo de baba corría apenas perceptible desde su boca. Dios, pensó en su idioma insular, ¿en qué momento se me ocurrió arremangarme la camisa con este frío? Entonces, mientras el antiguo órgano marcaba los pasos lentos de los familiares de la viuda, que a través del pasillo de la catedral cargaban el ataúd de aquel cuyo Proyecto de Banda había estado tres veces en el número uno de las listas comerciales con su primer disco, mientras sus fanáticos tardíos presenciaban con perplejidad la procesión desde los últimos asientos de la catedral, y mientras los periodistas alzaban sus cámaras fotográficas por sobre la turbamulta, este otro entendió el acto reflejo que lo había hecho arremangarse la camisa antes de entrar al funeral; se había olvidado

de cuando el embajador le contara por teléfono que su madre lo había abandonado para vivir en la montaña con un misionero de la guerrilla: como estaba lavando los platos mientras sostenía el auricular entre hombro y oreja, se había subido las mangas de la camisa. El frío del agua corrió por sus brazos junto a la certeza de que no volvería a verla.

En la puerta de la catedral se habían desatado los empujones de la policía a los pocos cabezas rapadas con trenzas que protestaban contra el inminente entierro del mentor en un cementerio católico. Les parecía una afrenta al marxismo reichiano que declamó en la quinta entrega del Proyecto de Banda, el disco doble de portada tornasol, y gritaban consignas contra el nuevo contrato para reeditar su discografía, revelado por la viuda en una entrevista televisiva esa mañana. Desde una esquina de la escalera, tras el cerco policial, a través de las sirenas, entre los reclamos de una autoridad eclesiástica, sobre las cámaras y en medio de la masa creciente de mirones que no se acercaba desde la plaza, el otro fijó su atención en el muchacho grueso que escupía a gritos en otro idioma más. Era el vocalista. Recordó la rabia inmovilizada en los ojos del mentor cuando fue incapaz de tocar un ritmo sincopado en su guitarra. Se apuró hacia la carroza funeraria, sin importarle ya que la viuda, el sello multinacional, la policía militar, los cabezas rapadas, el club de

seguidores y las iglesias se opusieran: había decidido que terminaría por su cuenta el último disco del Proyecto de Banda. Grabaría y mezclaría esa misma noche las trece canciones que había vislumbrado en su ensueño, las trece estructuras, los trece ritmos, los trece arreglos, los trece títulos, las trece letras y los trece contrapuntos suyos que había oído ahí en el adocenamiento como si fueran los del mentor, un segundo antes de que el piedrazo le alcanzara la sien.